



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora
DE PAPEL

El Porvenir
Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 9 DE MAYO DE 2021

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

Hilvanando el día de madres

CRACK IS WACK
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Para mi madre

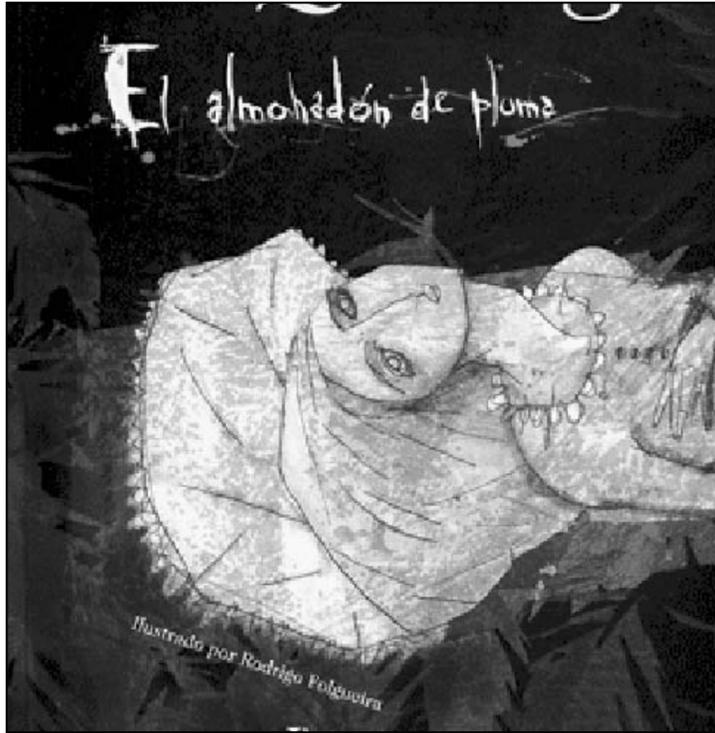
Los agentes entraron por la puerta trasera, porque la delantera estaba trabada. Encontraron sangre en cada pared: parecía haber sido embadurnada con una brocha, y podíamos imaginar que con esa misma brocha habían escrito la palabra "WACK" en el muro más grande de la sala, empleando la sangre de la víctima. Pliegos del piso laminado faltaban en la entrada al baño. Sobre una mesa permanecían cinco colillas de cigarro, pero no se localizó ningún cenicero en la casa. Algunos instrumentos musicales estaban distribuidos en la planta superior: un piano digital, dos guitarras electroacústicas y un contrabajo. En el piso yacía el cuerpo de la víctima, estrangulado con un cable. Me marcó al celular, el comandante González: "Detective Craft, lo necesito en Coyoacán. La víctima parece ser otro músico".

Llegué a la escena del crimen acompañado por Thompson, un expolicia jubilado con el que yo había trabajado en Nueva York y con el que ahora solía beber cervezas de vez en cuando en la Ciudad de México. Un hombre escrupuloso en el manejo de la evidencia. "¿Notaste el lápiz labial en el congelador?", me preguntó cuando salimos a media noche del lugar. "Aún no tenemos elementos para establecer la presencia de una misma mujer en todas las escenas", le respondí. "No olvides revisar el periódico en la mesa de la cocina", me dijo para continuar: "Pero, es tu caso. Volvamos a nuestra conversación sobre arte callejero. La obra de Banksy me fascina". Abordamos un Didi para ir, ya no al lugar del que habíamos partido, sino a una cantina en la Zona Rosa.

Yo aún no me recuperaba de los tragos de la noche anterior, ni del entusiasmo de Thompson por el arte del grafiti, cuando el comandante González marcó a la mañana siguiente para comentarme que, en el periódico de la escena, había un reportaje sobre una de las víctimas. "La cantante de Mixcoac", le respondí, y continué: "Quiero que compares las fechas de nacimiento de las demás víctimas con las fechas de publicación de los periódicos". Colgamos. Yo tendría ensayo esa tarde, con mi banda de jazz. La escena encontrada la noche anterior me había causado sumo estrés: me hacía sentir que, de alguna manera, yo estaba conectado con los crímenes.

Por la noche, González confirmó lo que sospechaba. Las fechas impresas en los periódicos correspondían con la del cumpleaños de la siguiente víctima. "¿Qué los conecta?", me preguntó González. Le pedí tiempo; más tiempo. Intuí que debía involucrar en el asunto a Thompson. Quedé de encontrarme con él para tomar una cerveza el viernes, un día antes de la presentación que mi banda tendría en El Rockefeller.

Frente a mi excolega puse todas las cartas sobre la mesa, concluyendo: "Los crímenes van siguiendo cierto orden: primero, una víctima nacida en enero;



luego, otra de febrero. El día va en descenso dando saltos cada cuatro: en enero, el treinta y uno; febrero, veintisiete; marzo, día veintitrés... Su siguiente golpe será sobre alguien nacido el quince de mayo".

Thompson se mantuvo pensativo, contemplando su vaso, adivinando lo que yo no mencionaba aún: que el asesino tenía acceso a la base de datos de la Sociedad Nacional Mexicana de Músicos. Entonces me dijo, tranquilamente: "La próxima víctima será una con la misma fecha de tu cumpleaños".

"Resumamos", le dije a Thompson. "Al parecer una mujer diferente se introduce al grupo. Decide seguir a la banda para celebrar en la casa del líder. Se queda a dormir con la víctima, luego de que el resto del grupo se ha ido". Thompson asintió dando un trago a su cerveza helada y luego espetó: "Pero ninguna está actuando sola. Droga al anfitrión, según los análisis toxicológicos, y permite la entrada a sus cómplices para destruir el sitio". Le pedí a Thompson que me acompañara al concierto que mi banda daría al día siguiente, eso me daba tranquilidad. Él cargaría con su pistola sobaquera.

Al llegar al bar, observaba desde una mesa al fondo. A media noche, el grupo bajó del escenario, bebimos agua y salimos a la calle. Nadie se nos había acercado a la mesa. Thompson me dijo: "Debo levantarme temprano. El lunes continuamos". Le respondí rápidamente: "Tengo una idea que conecta a los músicos". Observé su pequeña mueca de cansancio: "Esto podría salvar una vida", le dije.

Continuamos la charla en mi departamento; mi grupo se retiró a las dos treinta. Cuando nos quedamos solos, le dije a Thompson: "Los efectos femeninos en los congeladores de las víctimas son de

fabricante francés; pero su mercado no es el de mujeres. El asesino podría ser un hombre solitario". A Thompson no le sorprendieron mis palabras; la borrachera comenzaba a tener sus efectos sobre él. "Tengo que ir al baño", me dijo. Se levantó de la mesa para balancearse golpeándose contra la pared. De la bolsa de su pantalón, cayó un objeto. Un tubo cilíndrico negro. Me tomó una fracción de segundo advertir que se trataba de un rímel. Thompson quiso alcanzar su sobaquera cuando vio que me le abalanzaba. En el forcejeo logró propinarme un puñetazo, pero a base de rodillazos pude someterlo y arrebatarle la pistola.

Jadeante, tirado en el piso, doliéndose de los golpes en el estómago, me dijo: "Conoci a Keith Haring en Nueva York, Craft. Comparto su crítica a la falta de acción policial contra el uso de la cocaína. He llevado su lucha al siguiente nivel. Estos músicos eran unos junkie, Craft, y tú, que eres un policía, no hiciste nada para detenerlos". "Estamos retirados, Thompson. Y yo no vine a México para eso".

Luego le marqué al comandante González para decirle: "El caso está resuelto. Envíame una patrulla inmediatamente".

NADANDO ENTRE EL MIEDO
Y EL HORROR
OLGA DE LEÓN G.

Casi nunca acudía al cine cuando exhibían películas de terror. Le gustaban las policíacas y de misterios por resolver que no involucraran crímenes demasiado sangrientos o infames. Sé que no hay crimen que no sea sangriento ni poco infame; pero algunos rompen los límites.

Él se entendía y yo lo comprendía, cuando usaba esas expresiones, sabía muy bien a qué se refería. Por ejemplo, la lectura de ciertos cuentos de Poe, eran

excelentes para él.

Podía perfectamente leer: "Un corazón delator" de Poe, o "Los crímenes de la rue Morgue", pero sufría con el desenlace de "El almohadón de plumas" y nunca llegaba al final de "La gallina degollada". Desde que adivinaba el posible final, prefería allí mismo, en ese punto, dejar de leer tan cruel cuento. No se explicaba cómo podía alguien escribir tales historias, y no dejarlas trucas por el horror que su propia escritura le estaría causando.

Su madre había tenido sentimientos semejantes sobre el horror y los crímenes de algunos cuentos y películas. Pero, ella se lo atribuía a la educación religiosa que recibió en los colegios de monjas y a la forma apasionada con que vivió la instrucción religiosa en sus primeros años. Algunas monjas asustaban a las niñas con el diablo y lo mal que les iría ante la más inofensiva mentira dicha a ellas o a sus padres.

Cuando creció y se alejó de las monjas, fue como si su corazón hubiese vuelto de una parálisis en la que estuviera sumido.

Descubrió por sí sola que el mal y los diablos solo estaban en su imaginación. Por eso, los crímenes y la muerte en la literatura, para aquella niña, fueron un renglón resuelto, cuando se propuso abandonar esas creencias que tanto la perturbaban, pues no dejaba de pensar que el mal atraía a más mal, y se resistía a aceptar que pudiera invadirla.

Siguió creciendo, y la adolescente cambió las calcetas por medias. Y, conforme se alejaba de la religión de su madre, fue acercándose más a la ciencia y al estudio. A los diecisiete años, el héroe era el padre: tan humano; y no necesitaba asistir a misa los domingos para tender la mano al necesitado. Definitivo: quería parecerse más a él, al carácter de justicia, verdad y ciencia que en sus charlas y actos transmitía.

En esta historia no hubo gallina degollada, ni almohadón de plumas, ni misterio qué desentrañar, ni gritos en la media noche de alguien que estuviese horrorizado al percatarse de que su sirviente lo asesinaría brutalmente, no. Nada parecido.

Solo el colegio, los castigos injustos de una monjita de la primaria... y, particularmente, ciertas ayudas domésticas en casa. De las cuales, una, que cuando los padres salían de noche, mientras les planchaba ropa, contaba historias truculentas al par de niños que no podían dormir porque las sombras de las ramas de los árboles, que se perfilaban en la ventana de su recámara, los asustaba.

.....

Se casó, tuvo su primer bebé, y le puso fin a sus demonios y pesadillas. No quería transmitirle sus miedos al hijo.

Cuando le infundió el amor por la literatura, incluyó a Poe y Horacio Quiroga... ¡y el milagro sucedió!

El hijo -a veces- también escribe ficción sobre crímenes, terror y misterios: un verdadero desafío a la creación de tramas.



Friedrich von Schiller

(Marbach, Alemania, 1759 - Weimar, id., 1805) Escritor, filósofo e historiador alemán considerado el mejor dramaturgo de la historia de la escena alemana. Hijo de un cirujano militar, estudió medicina y derecho en la Escuela Militar de Stuttgart, en lugar de teología, tal como era su deseo. Sin tener en cuenta las prohibiciones de la disciplina militar, empezó a interesarse por la literatura protorromántica del «Sturm und Drang» y, en 1781, estrenó su primera pieza teatral, Los bandidos, drama antiautoritario que le supuso la deposición del cargo de cirujano mayor y la prohibición de escribir obras que pudieran atentar contra el orden social.

Obligado a abandonar Stuttgart, se dirigió primero a Mannheim (1782), donde representó obras de contenido republicano que ensalzaban la libertad y la fuerza de espíritu; más tarde, por temor a nuevas represalias, se trasladó a Leipzig. Durante este período de vida errante, fundó una revista y trabajó amistad con una dama influyente, Charlotte von Kalb, que le brindó su protección.

Finalmente, se desplazó a Dresde, y se hospedó en casa del jurista Körner, admirador suyo, quien lo encaminó hacia una ideología y una estética menos exaltadas. Bajo esta influencia acabó su Don Carlos (1787), obra que marca la frontera entre su primera etapa revolucionaria y clasicista, caracterizada, sin embargo, por un clasicismo más próximo a Shakespeare que a la cultura grecolatina.

Según la crítica, su obra más lograda es la trilogía en verso Wallenstein (1776-1799), un drama en el cual los acontecimientos históricos adquieren una dimensión ideológica en los personajes que los protagonizan. Durante su estancia en casa de Körner escribió también su himno A la alegría (1775), incorporado por Beethoven a la novena sinfonía, en el que expresa su generoso e imperdurable idealismo.

Dejando de lado sus investigaciones históricas y filosóficas, en 1794 fundó la revista Die Horen e inició una fructífera colaboración con Goethe. Su amistad se consolidó tras fijar su residencia en Weimar (1799), cuando ya habían fundado (1797) otra revista, Musenalmanach (Almanaque de las musas), en la que también colaboraba Wilhelm von Humboldt. En ella, Schiller y Goethe publicaron en colaboración la colección de epigramas Xenias (1797) y, un año más tarde, cada uno de ellos publicó por separado sus Baladas, inspiradas principalmente en la Antigüedad y la Edad Media.

Schiller dedicó los últimos años de su vida al teatro, el género en el que más refugió su talento. En 1804 vio la luz la más popular de sus obras, Guillermo Tell: el amor y la glorificación de la libertad, ideal constante en el escritor, se manifiestan de la forma más armoniosa y eficaz en esta pieza inspirada en las peripecias de Guillermo Tell, el legendario héroe de la independencia suiza. Falleció un año después sin haber podido dar cima a su tragedia más ambiciosa, Demetrio, sobre el hijo de Iván el Terrible, y que parecía preluar un cambio de orientación en su obra.

ad pédem literae

No se debe juzgar a un hombre por sus cualidades, sino por el uso que hace de ellas.

François de La Rochefoucauld

Letras de buen humor

¡Dios mío, librame de mis amigos! De los enemigos ya me encargo yo

Voltaire

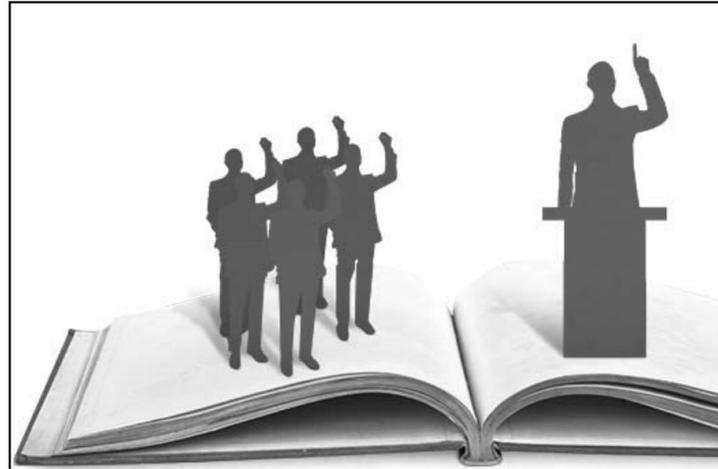
Guillermo Fadanelli

Alejamiento vital

Si me permitieran bosquejar una sugerencia -antes de hacerlo ya me siento avergonzado- sería la siguiente: no pongan demasiada atención al ruido y a las promesas políticas tan concurridas en esta porción del año, apártese de esa constante grosería y sean capaces de encontrar en otros aspectos de su vida un poco de tranquilidad, cultivo del pensamiento y discreta felicidad.

He dicho que me avergüenzo, pues en general me disgusta la cátedra; viviré tan poco tiempo, como todos, que dedicarme a escuchar catecismos redentores, me parece un insulto para la vida misma, la cual es en sí es ya por esencia incómoda. Habitar en la orilla, no sólo bajo la lluvia de la verborrea política, sino también aparte de los grandes y pomposos relatos redentores científicos y morales. Mi sugerencia revela también mi desconfianza hacia el ya decadente concepto de ciencia física y verificable (de Comte y Ayer hasta Austin y Quine), y mi debilidad por el desorden literario o creativo de cualquier clase, que se confina más al espacio de un relativismo moral, maleable, simpático y no suicida. Ya sé que es un tema viejo para los filósofos, aunque no para los seres humanos que somos menos eruditos que los profesionales. Sin embargo, ¿por qué el desorden lúdico habría de ser destructor, desorien-

tador o enemigo del conocimiento de las cosas que nos importan para sobrevivir sin sufrir demasiado dolor? No encuentro en la literatura o en otras disciplinas humanas necesidad de un orden puro o estricto; cambiar de tema, por ejemplo, se parece a cambiar de aires, de vino, de amistades, de mar y de terreno. Se trata de jugar, conocer e intentar rescatar algo del sentido de la vida individual, única, singular e irrepetible a la que uno ha sido lanzado sin necesidad ni consentimiento. ¿Cómo desperdiciar la libertad de expresión y siquiera referirse a las dinastías políticas plagadas de individuos que se creen indispensables para gobernar en sus estados o municipios? ¿Quiénes son? ¿Dioses? No es mala idea oponerse a que nuestra vida se aniquile en la aglomeración, en el montón de carne y huesos que se agita para causar el mal. ¿No se les antoja un poco el alejamiento? Venir a la vida como una huella digital que nadie puede repetir. En lo personal, yo preferiría perderme en el paraíso del anonimato. Sin embargo, el yo, es intransmisible; nadie puede ser pensado por otro. Algún día me di cuenta de que quizás podría construir un relato, uno cuya sustancia o fundamento fuera la destrucción del dogma ordinario, fatuo, y que me pusiera a salvo de la autoridad que se implanta y expande valiéndose del



prejuicio social, del miedo, la cándida esperanza, o la ignorancia que mostramos ante el sentido de la ley y de la filosofía que respalda su certeza. Preferimos cacarear insultos y descalificaciones a construir casa civil.

Tuve la certeza de que nunca encontraría algo estrictamente medible o absolutamente cierto, pero al menos me engañaría con un poco de imaginación, frónesis o conocimiento de la circunstancia que me afecta; entorno; casa; amistad; sexo; vientre; literatura; crearía yo un mundo que me protegería de la tontería humana y de la dogmática convicción de pertenecer a un orden capaz de convertirme en una molécula que no sabe ni especula, pero que sigue los designios de una gravedad que la domina. Tenía la

ilusión de escaparme de un destino tan despiadado y soso, y para ello requería utilizar el concepto o noción maleable de imaginación creativa, de aferrarme a un orden relativo que me impidiera ser tragado por el caos; y entonces reinventaría ese orden, le daría forma para así poder adentrarme en los terrenos de lo que algún día se llamó ética, política, moral, filosofía... literatura.

Yo sólo habría deseado ganar para demostrarles que justo eso, en las circunstancias actuales y en general, significa perder. Cualquier movimiento en un cuerpo quebrado y astillado lo lesiona más. Es sencillo confirmarlo: observen las escaramuzas políticas patibularias en donde, pase lo que pase, el que gana pierde.